

Teoría del Conflicto Social y su relación con la Historia Inmediata

PINTO, Carlos

Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt"
profesorcarlosjavierpinto@gmail.com

Resumen

Los ciclos de conflictividad social experimentados Venezuela y en buena parte del mundo, durante los últimos años, son una clara muestra que el denominado fin de la historia fue una frase vacía y carente de sustentabilidad histórica, acercarse a la comprensión de tales fenómenos de conflictividad requiere una mirada transdisciplinar. Por tal motivo el presente análisis pretende ofrecer una serie de herramientas teóricas metodológicas que, partiendo de las aportaciones de la historia inmediata y de las teóricas del conflicto social, arrojen luces sobre los mencionados ciclos de protesta.

Palabras clave: Teoría del Conflicto Social, Fin de la historia, Historia Inmediata, Metodología de la historia.

Social Conflict Theory and its relation to Immediate History

Abstract

The cycles of social conflict experienced in Venezuela and in much of the world in recent years are a clear sign that the so-called end of history was an empty and devoid of historical sustainability sentence closer to understanding such phenomena of conflict requires a transdisciplinary approach . Therefore, this analysis aims to provide a series of theoretical and methodological tools, based on inputs from the immediate history and theory of social conflict, shed light on the above.

Keywords: Social Conflict Theory, End of history, Immediate History, History Methodology

La Historia Actual o Inmediata

Lo primero a tomar en cuenta para quienes se adhieren a este tipo de historia es la defensa de la misma, o más bien la acción por demostrar que la investigación realizada pertenece al campo de lo histórico, esto motivado por la errónea percepción de la historia como ciencia que estudia exclusivamente un pasado sumamente lejano o de procesos ya acabados.

De ahí que no resulte extraña la clasificación que realiza el historiador chileno Ángel Soto Gamboa sobre las ideas o argumentos negativos que sobre la historia inmediata se tienen aun en nuestros días, estas serían, 1) el problema de las fuentes, 2) la distancia temporal, 3) carencia de objetividad, 4) insuficiencia de instrumentos teóricos metodológicos adecuados para su estudio, 5) la independencia del conocimiento y el uso político de la mencionada historia (Gamboa, 2004).

Todas la anteriores, posturas sostenidas por aquellos quienes niegan la posibilidad de la construcción de la historia del tiempo presente, pero que analizadas detenidamente no poseen ninguna sustentación válida.

Comencemos primero con las fuentes. Algunos historiadores erróneamente sostienen que la única fuente o al menos la más confiable es la del documento oficial, pero no cualquier tipo de fuente oficial, sino que mientras más antigua mejor, ya que esto nos permitiría asumir una postura más objetiva frente a la misma, de donde se desprende la extraña y casi incomprendible idea de que la calidad, y utilidad de la fuente guarda una relación directamente proporcional con la cantidad de años, polvo y bacterias que la misma acumule.

De ser cierta la anterior afirmación, en efecto la historia del tiempo presente sería algo ilógico e impensable. Lo cierto es que la fuente oficial por sí sola no asegura la objetividad y legitimidad del trabajo histórico, puesto que desde su escritura este tipo de fuente se encuentra viciada de omisiones, embellecimiento u errores. Por ejemplo, un historiador que únicamente recurra a la fuente oficial, llegara a la conclusión de que el gobierno dictatorial de Pinochet en Chile fue el mejor que en materia de derechos humanos ha tenido ese país, porque en las fuentes de tal periodo no se evidencian ningún tipo de torturas o desapariciones forzosas; o que en la Argentina tampoco se desapareció a ninguna persona y que por lo tanto las madres de

plaza de mayo están equivocadas en buscar a sus nietos, nuevamente porque en la fuentes oficiales tales casos no aparecen reseñados. Igualmente un egiptólogo que sólo se deje guiar por la fuente de los escribas o los jeroglíficos, llegara a la conclusión de que los egipcios jamás perdieron una guerra, lo que obviamente es imposible, lo cierto es que los egipcios no reflejaban sus derrotas militares.

Todo lo anterior nos demuestra que la fuente oficial e incluso la antigua no es sinónimo de objetividad, y mucho menos el requisito esencial o único para la historia. Es innegable la importancia de este tipo de fuentes, pero no es la única a la cual puede o debe acudir el historiador. Existen infinidad de fuentes (documentales, la prensa, fuentes orales, canciones, representaciones pictóricas, expresiones culturales, imágenes fotográficas y muchas otras) que pueden y deben ser utilizadas en la reconstrucción de todo proceso histórico que se precie de ser objetivo.

Tomemos ahora en consideración la idea de la distancia temporal. Quienes sostienen esto lo hacen convencidos de que la lejanía del proceso histórico estudiado es el requisito fundamental para conseguir el verdadero y objetivo conocimiento histórico, esto es, trasladar la veracidad desde la fuente hasta el tiempo, de tal forma que no importa si algún historiador deja de trabajar con la fuente oficial y utiliza digamos, la prensa de la época, según tal argumentación la objetividad del trabajo historiográfico se asegura con la lejanía del mismo.

Lo anterior no deja de ser una idea extraña o por lo menos difícil de comprender; porque si sostenemos que la prensa de hoy en día no es objetiva, y solo se debería estudiar la de hace 70 o más años; entonces ¿cómo se puede comprender la transformación mágica que sufrirá la prensa de hoy dentro de 70 años? Cuando se convierta en objetiva, ¿de qué manera hoy no es objetiva pero dentro de 70 años sí? Además, asumir esta lejanía como requisito de objetividad, sería negar esta última a ciencias como la antropología, la sociología, o la ciencia política.

Aun si todo lo anterior no fuese necesario para convencer a los defensores de la lejanía del objeto histórico; sería bueno recordarles el primer capítulo de la obra historia y verdad de Adam Schaff, en donde se observa cómo a pesar de haber transcurrido una gran cantidad de tiempo, existía entre

los historiadores de su país diversas posiciones historiográficas contradictorias respecto a las causas que desembocaron la revolución francesa. (Schaff, 1974) lo cual viene a sustentar la idea de Soto Gamboa cuando afirma que “Efectivamente la lejanía temporal no podrá ser garantía de distanciamiento epistemológico y metodológico como tampoco la carencia podrá ser causa de ausencia de este último” (Gamboa, 2004:109).

Respecto a la objetividad, no solo ha sido tratada en infinidad de ocasiones por reconocidos historiadores y escritores de la talla de Jorge Luis Borges en su relato sobre el tema del traidor y el héroe (Borges, 1993); para resumir, la objetividad no la da el tiempo, ni los documentos, ella viene con el compromiso que posea cualquier historiador para con la profesionalización y científicidad de su trabajo.

En cuanto a la carencia teórica-metodológica, sostenemos que al salirnos de esa visión histórica amante únicamente del pasado muy lejano y del documento. No necesariamente estamos cayendo en un error; comprendemos la comodidad que en ese sentido da la investigación del pasado muy lejano; para comenzar muchas fuentes ya se encuentran en archivos legitimados, pero el tiempo, la pérdida de algunos documentos, el tipo de documento, es decir el documento escrito, hace de ese, luego de haber saltado el escoyo paleográfico, un tipo de conocimiento historiográfico relativamente más fácil de trabajar.

Obviamente, el hecho de trabajar procesos acabados, le permite a esos historiadores ver toda la panorámica y sacar conclusiones en base a la totalidad del proceso. Sin embargo, esta historia de lo lejano y ya acabado no está exenta de errores o problemáticas, comenzando por el tipo de fuentes que se utiliza, por obvias razones al no existir hace 200 o 300 años un sistema de educación masificada, entonces no toda y ni siquiera la mayoría de la población sabía leer y escribir, de hecho incluso hace 50 u 80 años esta realidad no había cambiado mucho en nuestro país, por lo que los archivos guardan en su mayoría documentos del muy reducido número de pobladores que sabían leer y escribir, comúnmente pertenecientes a una élite militar, política o económica, de donde se desprende que en la mayoría de los casos ese tipo de historia del pasado lejano, termina convirtiéndose en una historia de elites o remembranza de hazañas de los grandes héroes.

Todo lo anterior se traduce en una historia que termina dejando fuera a prácticamente a un 80% ó 90% de la población, lo más trágico del caso es que todavía hoy por hoy muchos de esos historiadores se preocupan por la débil identidad de la población venezolana; a nuestro modo de ver la respuesta es más que obvia, la gran mayoría de los pobladores venezolanos no pertenecemos a una elite militar o económica, en ese sentido se hace difícil sentir identidad con un grupo social del cual no se es participe.

Finalmente, abordando los argumentos de la independencia del conocimiento y del uso político de la historia del tiempo presente, sostenemos que tales argumentaciones son totalmente ciertas. Es que, ¿acaso existe algún conocimiento o saber histórico que no adolezca de ese problema? Acaso la historia de la independencia no es utilizada y ha sido utilizada en toda América como una herramienta política de las elites gobernantes, así como también esa otra historia, subversiva, la de los vencidos o desaparecidos ¿no fue utilizada por quienes adversan a la mencionadas elites? La historia y todas las ciencias siempre van a estar cargadas de influencias y posturas políticas, de hecho no hay nada de malo en esto, lo errado seria caer en el infantil error de pensar lo contrario.

Ahora bien, sostener argumentaciones negativas o defensivas sobre la posibilidad de construcción de un tipo de conocimiento o ciencia no es una tarea suficiente, a nuestro modo de ver también es necesario ofrecer algunas argumentaciones positivas sobre la posibilidad de la historia del tiempo presente.

La primera estaría relacionada con la posibilidad de estudiar el presente; es decir, con la posibilidad de construir una historia inmediata, si bien en el mundo actual la enorme cantidad de información que brota diariamente es tan abrumadora que pareciera que pareciera imposible siquiera intentar comprenderla; lo cierto es que, no se va a tomar toda esa información sino una parte de la misma.

Además, gracias a los aportes metodológicos de la historia, respecto a la crítica interna y externa, junto con los aportes de otras ciencias como la sociología política, la antropología, las ciencias políticas y los métodos de análisis del discurso, es posible a los historiadores del tiempo presente no solo realizar una triangulación de las fuentes y perspectivas teórico-meto-

dológicas, sino que a su vez le permiten tener o acercarse a tener una mejor comprensión de los fenómenos socio-temporales, que precisamente por su vastedad y complejidad, necesitan del concierto de todas las ciencias para su elucidación.

En cuanto a la historia inmediata, un punto o término clave para comprender la misma sería el de coetinidad, para nuestro caso, coetinidad la asumimos como la comprensión de los procesos socio-históricos inacabados y aun en curso, vividos por quien reflexiona o escribe sobre esa misma historia, es decir una historia vivida, en palabras del historiador Julio Aróstegui:

Una historia del presente *escrita*, para ser tal, deberá ser coetánea a la historia vivida. O en otros términos: escrita por los mismos que la viven, y al tiempo que es vivida, o que se integra a la experiencia total del sujeto. Por aquellos que pueden entender como historia, como *su* historia, su propia experiencia de convivencia, y que son capaces de hacer de ella una construcción intelectual, cultural y moral (Aróstegui, 2004:101).

A esta historia vivida y no heredada como pasado lejano, se le agrega además un elemento socio-histórico de coetinidad, esto es, el conjunto de pautas o percepciones sociales que comparten un grupo de personas o generaciones de estar viviendo un proceso histórico específico, aun cuando los diversos grupos sociales o generacionales posean distintas valoraciones sobre el mencionado proceso, es por ello que Aróstegui, al reflexionar sobre la coetinidad socio histórica, sostiene lo siguiente. "...un presente, lejos de ser una determinación cronológica, es la categoría basada en la experiencia de sujetos que viven juntos un mismo tiempo al que cualifican las mismas referencias culturales exteriores e interiores y relativismos y conexiones de todo orden" (2004:128).

Aunado a lo anterior, también resulta importante hacer mención a una de las dificultades que viene aparejada con el estudio de la historia inmediata, o procesos inacabados. En primera instancia, se encontraría con el problema de las fuentes; esto porque la cantidad de información que surge en los tiempos actuales resulta ser tan abrumadora y enorme, que para cualquier persona o ciencia sería sumamente difícil comprender la realidad social actual. Además, al tratarse de procesos que aún encuentran desarrollándose, entonces el flujo y cantidad de información continuará creciendo,

razón por la que es fácil de comprender porque algunos sostienen que el conocimiento de la historia inmediata siempre es incompleto y necesitado de constante revisión.

Pero a pasar de lo anterior, lejos de representar un verdadero impedimento para la historia inmediata, el estudio de procesos inacabados y la bastedad de fuentes, tal realidad se convierte en una oportunidad de diversificar las posturas teóricas y metodológicas que se incluyen en la historia. Ello por el constante acercamiento que realiza este tipo de historia con otras ciencias sociales, precisamente por partir del reconocimiento del que actualmente la realidad social es tan compleja y diversa que solo puede ser comprendida con el diálogo constante de todas las ciencias sociales, de tal forma que la construcción final no sea producto de una sola visión segada sino que parte de las múltiples y diversas miradas disciplinares.

Una vez aclarada la posibilidad epistemológica de comprensión del presente, es el momento de discernir sobre dos temas fundamentales en toda corriente historiográfica, y más aún en la historia del tiempo presente, estos serían, 1) la determinación del objeto de la historia, 2) el de fijar la delimitación y duración del tiempo a estudiar, en este caso del presente; en cuanto al objeto de estudio, el historiador español Julio Aróstegui nos sostiene que "...el historiador, obviamente, no puede trabajar sino sobre las sociedades humanas concretas, reales, que existen, o que bien han existido. Es decir, su campo coincide con el de aquel conjunto de disciplinas que llamamos ciencias sociales" (2001:236). Encontramos aquí uno de los elementos que conforman el objeto de estudio de la historia, esto es, la sociedad, no la termodinámica, ni la física, o la astronomía, sino las sociedades humanas. Sin embargo, tal y como se observa en la anterior cita, existen un conjunto de ciencias con las cuales la historia comparte su objeto de estudio, por ello se hace necesario que la historia determine algún elemento o cualidad adicional que diferencia su objeto de estudio del resto de las ciencias sociales.

Dejemos que sea nuevamente Aróstegui quien nos arroje luces al respecto "La pregunta acerca de donde se capta la historia tiene una respuesta que la hemos sugerido: en la observación del *comportamiento temporal* de las sociedades" (Aróstegui, 2001:245).

Lo que diferencia el objeto de estudio de la historia del resto de las ciencias sociales es el tiempo, o la cualidad temporal de las sociedades humanas,

cualidad temporal que alude a la vez al cambio y la permanencia; es decir a los procesos socio temporales de los colectivos sociales; lo que no deja de ser un argumento importante de resaltar, la historia se encuentra en el comportamiento temporal de las sociedades, no solo en el pasado, o exclusivamente en el pasado muy lejano como algunos afirman, ya que el pasado es solo una de las tres dimensiones del tiempo, y por tanto la historia no termina con el pasado, ni este ultimo la abarca toda; así que si asumimos la historia como la cualidad temporal de las sociedades, y comprendemos que el tiempo posee tres dimensiones, entonces la dimensión presente del tiempo puede perfectamente ser estudiada por la ciencia histórica.

El tema aludido en el párrafo anterior sobre el cambio y la permanencia, o la continuidad y discontinuidad es una problemática central en la historia inmediata, y en realidad de toda la reflexión histórica en general, para el caso específico de la historia inmediata, al no tratarse de procesos lejanos y acabados donde la permanencia, durabilidad y finalización son de antemano conocidos, la continuidad y el cambio son aún más complicados precisamente por tratarse de procesos inacabados donde no se conoce el punto final o de ruptura.

De allí que resulte importante dedicar unas breves reflexiones al respecto. En primer lugar, y aun a riesgo de parecer contradictorio sostenemos que el cambio y la permanencia, o la continuidad y la discontinuidad, son facetas o partes de una misma realidad.

No existen hechos o sucesos aislados sin ninguna relación con el pasado o influencia en el futuro, así como tampoco existen realidades socio-históricas inmutables y estáticas, es precisamente esa la idea central de la corta, mediana y larga duración, que no son momentos que se sucedan de manera aislada unos tras otros, sino que a la vez que existen y están sucediendo procesos de larga duración, dentro de este o junto con este se desarrollan procesos de corta y mediana duración, que en algunos casos producirán ciertos cambios que acarrearán consigo el advenimiento de otro estado socio-histórico de larga duración.

Un ejemplo de lo anterior es el proceso de la gesta independentista, cuando la clase dirigente (los mantuanos) utilizaron variados dispositivos simbólicos, como ceremonias, ritos, canciones patrióticas, símbolos y sig-

nos que legitimaran la nueva nación republicana que se intentaba construir, pero todo lo anterior no venía de la nada, sino que provenía de ese capital simbólico que formaba parte del antiguo régimen colonial¹.

Ahora bien, necesitamos dedicarle algunas líneas a lo que entendemos específicamente por cambio y permanencia. El cambio, al igual que Aróstegui lo asociamos con el acontecimiento, pero no el acontecimiento entendido como un simple hecho o suceso, dentro de nuestra percepción el acontecimiento o los acontecimientos estarían relacionados con el movimiento, o los tipos de movimientos y acciones sociales que generan y provocan rupturas y transformaciones de un estado de cosas a otro, "... el acontecimiento, producto del actuar humano, es el cotidiano constructor de estructuras. Para los sujetos, el presente se constituye a través de un sistema acontecimientos, que no solo es una sucesión, sino precisamente una modificación continua, y hasta vertiginosa de la textura cotidiana" (Aróstegui, 2004: 97).

A pesar de ello, no todos los movimientos producen cambios, por lo cual no todos entran dentro de las categorización de acontecimientos que presentamos acá, pero estos movimientos recurrentes de la cotidianidad humana que no vienen aparejados con cambios, también forman parte de la realidad temporal humana, precisamente la parte temporal que alude a la permanencia; es precisamente en esa constante dialéctica entre recurrencia y acontecimiento que se genera el continuo relacionamiento entre el cambio y la permanencia, una permanencia que no necesariamente excluye al cambio, porque como se afirmó en líneas anteriores, no existen procesos inmaculados y estáticos, ni cambios absolutos y radicales sin influencia del pasado.

A pesar de compartir la idea de Aróstegui del presente como tiempo real de la historia, porque todos los acontecimientos coetáneos o lejanos suceden en un presente específico, y lo que determina su posición en el tiempo es el momento en el cual el historiador los investiga (la independencia de Venezuela, o la crisis de la sociedad implantada colonial, si bien hoy pertenece a nuestro pasado, el momento en el cual sucedió, fue de hecho el momento presente de sus actores y protagonistas) sin embargo, el presente como realidad histórica, no deja de presentar algunos problemas

1 Sobre el particular puede ser consultada la tesis del maestrante María Castro: La Simbología Del Poder en la Construcción de la República. Venezuela 1808-1830.

de tipo epistemológico respecto a la posibilidad de su comprensión. En realidad, la verdadera problemática que se presenta con la delimitación del tiempo presente, es en qué momento termina o inicia el presente, cuándo algo comienza a formar parte del pasado. Algunos sostienen que el presente es imposible de concebir o estudiar, debido a que si hacemos una división del tiempo en sus momentos más diminutos, entonces tendríamos unas fracciones de millonésimas de segundos tan diminutas que son imposibles o demasiado insignificantes como para intentar estudiarlas.

Pero esta no es una argumentación muy sólida. Afirmar que el presente no existe es una idea un tanto difícil de sostener, sobre todo si se toma en cuenta que el pasado es la acumulación de todos los momentos alguna vez presentes de una sociedad, así que si no tenemos problemas en aceptar la existencia del pasado, entonces no se debería tener problemas con la aceptación del presente como realidad histórica, de lo contrario tendríamos que mantener la extraña afirmación de que algo que si existe (el pasado) está conformado por algo que no existe (el presente), es decir, de lo imaginario o inmaterial a lo material; algo que de hecho es contrario al comportamiento real del mundo natural y físico donde solo lo material le da vida o puede producir algo material, esto es, la energía no se crea ni se destruye solo se transforma, pero esa transformación solo es posible a partir de algo material y tangible.

El verdadero problema del presente entonces no estaría relacionado con su existencia, sino como dijimos anteriormente con su delimitación, aunque quizás no sea tanto un problema del presente en sí, sino más bien de nuestras percepciones y concepciones respecto al mismo, es decir nuestras construcción cultural sobre el presente. “El presente es siempre una construcción, sujeta a las referencias y limitaciones que caracterizan las condiciones generales de la percepción de lo temporal. El porte y las fronteras de esa construcción la hacemos de hecho nosotros mismos” (Aróstegui, 2004:81).

Precisamente de allí surge la dificultad de algunos en aceptar la historia del tiempo presente, porque dentro de sus construcciones culturales, el mismo alude a un instante demasiado efímero y fugaz; ahora bien, si por el contrario se piensa el presente no como un momento ligado a una época o un periodo, sino que se encuentra determinado por la coetaneidad de quienes lo viven y lo investigan, así como la importancia que le dan al

mismo, entonces la tarea de construir una historia del tiempo presente se hace totalmente justificada y posible. De hecho, es aún más factible si se comparte la división hecha por el historiador alemán Koselleck (1997), del tiempo histórico dividido en estratos, estratificación que nos haría más sencilla la tarea de comprender los diversos tiempos históricos que en ocasiones se encuentran sucediendo a la vez en un mismo momento, los procesos o coyunturas de corta duración, o los momentos de ruptura y continuidad, aceleraciones y desaceleraciones de los procesos históricos.

El conflicto social, sus elementos y teoría

El historiador español Lorenzo Cadarzo afirma que el conflicto social es: “Un proceso de interacción contenciosa entre actores sociales que comparthen orientaciones cognitivas, movilizados con diversos grados de organización y que actúan colectivamente de acuerdo con expectativas de mejora, de defensa de la situación preexistente o proponiendo un contraproyecto social” (Cadarzo, 2001: 12).

Uno de los factores o elementos detonantes del clima de conflictividad social, lo encontramos en el momento que algunos especialistas han denominado como frustración de expectativas; cuando se produce una separación o desproporción entre las expectativas que uno o más grupos creen que merecen o deben recibir; y lo que finalmente obtienen (Cadarzo, 2001). Como el mismo autor reconoce, centrar o guiar la interpretación del conflicto exclusivamente mediante la frustración de expectativas traería como consecuencia una visión excesivamente psicologizante del conflicto social. Razón por la cual, además de esta frustración de expectativas, también es importante explicar o comprender tres elementos que representan las bases de todo proceso de conflictividad social, con ello nos referimos a la oportunidad política, la movilización de recursos y los marcos interpretativos.

La Oportunidad política

La oportunidad política es ese momento o periodo de inestabilidad y debilidad de la elite gobernante que permite a los grupos opositores tomar confianza sobre sus propias capacidades en el logro de sus objetivos. Asimismo, la oportunidad política se encuentra estructurada por cuatro dimen-

siones; 1) el grado relativo de apertura de un sistema institucionalizado; si se trata de sistemas dictatoriales y opresores de la opinión pública, o si por el contrario se tratan de formas de gobierno que promueven y protegen las libertades sociales e individuales; 2) la estabilidad e inestabilidad de la elites gobernantes; 3) la presencia de aliados entre las elites con los cuales pueden contar los grupos opositores; y 4) la capacidad que tiene el Estado de reprimir la protesta (McAdam y Col, 1999).

Revisemos brevemente cada una de estas dimensiones y su importancia en la aparición de movimientos sociales y brotes de conflictividad, en lo que respecta al grado de apertura del sistema institucionalizado encontramos que en los regímenes excesivamente represivos y poco respetuosos de la participación y de la diversidad, la formación de movimientos disidentes está sumamente restringida, llegando incluso en algunos casos a ser una posibilidad prácticamente impensable (piénsese por ejemplo en los regímenes dictatoriales). En los sistemas que respetan e incluso promueven la diversidad y la participación política, será más visible y posible la estructuración de movimientos sociales con un marcado sentido de la participación y acción ciudadana y política, llegando incluso al caso de que dichos movimientos reforman la estructura institucional del estado, un ejemplo bastante claro acerca de cómo la existencia o ampliación de oportunidades políticas influyen en la aparición y forma de movimientos sociales, lo tenemos en el análisis realizado por Elena Zdravomyslova, dicha autora al estudiar el periodo de ampliación de las oportunidades políticas acaecido en Rusia producto de la Perestroika concluye que:

“Las fases del ciclo político (y del ciclo relevante a la protesta) coinciden con cambios en el alcance y signo de las oportunidades políticas durante el primer periodo, la oportunidades existentes permitían la elaboración de un discurso político abierto y de iniciativas... Los límites impuestos a las oportunidades de protesta explican por qué tan solo los MSOs radicales llevan a cabo acciones colectivas. En el segundo periodo comienza a prefabricarse oportunidades de carácter electoral, lo que imprime ciertas tendencias a la movilización de las organizaciones y dota de ciertos rasgos a su estructura” (Zdravomyslova, 1999: 202).

Tomemos en cuenta ahora la segunda y tercera dimensión, es decir, la estabilidad o inestabilidad de las elites, y la ausencia o presencia de aliados dentro de las elites con las que cuentan los movimientos, y es que en la mayoría de los casos un grupo dirigente inestable y dividido propicia la participación de los movimientos sociales que gracias a esta situación perciben o ven aumentadas sus expectativas de triunfo, y más aún cuando se da el caso de que los dirigentes escindidos o divididos del grupo gobernante pasan a engrosar las filas del movimiento o movimientos sociales opositores. En referencia a esto el analista Sydney Tarrow nos señala lo siguiente. “Este tipo de divisiones no solo incentiva a los grupos que cuentan con pocos recursos a aceptar los riesgos inherentes a la acción colectiva, sino que también hace posible que algunas secciones de las elites desempeñen el papel de tribuno del pueblo para aumentar su propia influencia política” (Tarrow, 1999: 92).

Este autor nos da ciertas indicaciones respecto a lo importante que es para los movimientos contar con aliados fuertes dentro de la elite. “La presencia de aliados influyentes tuvo un efecto especialmente intenso en el caso de la protesta en Estados con regímenes socialistas, durante los años setenta y ochenta. Así por ejemplo, conviene recordar el papel desempeñado por la Iglesia católica en Polonia o por la protestante en Alemania del Este, lugares donde las oportunidades para la acción eran muy limitadas” (Tarrow, 1999: 92).

La última dimensión que vamos a tener en consideración es la que hace referencia a la capacidad del Estado para reprimir la protesta, esta tendrá una influencia directa sobre los movimientos sociales. A este respecto Dónatela Della Porta nos indica que. “aunque la represión policial de la protesta no sea la única forma que el estado tiene de reaccionar, asumo que tiene un efecto relevante sobre los movimientos sociales y, en concreto, sobre la forma de actuar de los movimientos” (Della Porta, 1999:103).

Las ideas anteriormente expuestas sirven para medir el grado de apertura de los sistemas políticos. La autora, al analizar la represión policial en países como Italia y Alemania del Este, determina como al evidenciarse en ambos países la etapa de represión dura de la protesta, la acción de los movimientos sociales se redujo drásticamente, en contraposición a esto cuando la represión pasó por la etapa suave o blanda, la acción de los movimientos tendió a aumentar.

Los recursos de movilización

Los recursos de movilización hacen referencia a la capacidad que tienen los grupos de contar con recursos económicos y organizativos lo suficientemente sólidos, que les permitan captar nuevos simpatizantes, llevar a cabo acciones de protesta y movilización, conseguir apoyo y cobertura en los medios de comunicación, y limitar la capacidad represora del Estado, esto es sumamente importante para algunos teóricos del conflicto social, ya que muchos afirman que las personas se movilizan no cuando padecen una situación injusta, sino cuando realizan un razonamiento favorable de costes y beneficios, es decir, se activa la protesta cuando existen posibilidades reales de que la misma tenga éxito.

Para el caso de los recursos de movilización también es importante contar con la estructura organizativa de instituciones con amplia trayectoria en la arena política. Ejemplo de ello es la clasificación que al respecto realiza Hans Peter Kriesi “organizaciones de apoyo, asociaciones de movimiento, y partidos y grupos de interés” (Kriesi, 1999: 222).

Según el mencionado autor, las organizaciones de apoyo vendrían a representar instituciones que por su empatía con el movimiento, prestarían a este último un apoyo bastante importante para el logro de sus movilizaciones, ejemplo de ello serán los medios de comunicación, iglesias, imprentas, restaurantes, comercios, asociaciones empresariales que a pesar de ayudar al movimiento, no necesariamente están dentro del mismo tomando decisiones o participando de forma directa; por su parte las asociaciones de movimiento vendría a ser una estructura dentro del mismo movimiento, conformada por sus simpatizantes y que cumpliría con la función de solventar las necesidades de los propios simpatizantes y la activación de la movilización.

Finalmente, los partidos y grupos de interés son organismos por lo general institucionalizados y con una mayor experiencia en movilización, al igual que un movimiento social, persiguen intereses políticos por lo que en ocasiones los objetivos de estos suelen coincidir, razón por la cual en ocasiones suelen formar una simbiosis que beneficie políticamente a las partes.

De igual manera, y continuando con la atención en la movilización, el autor nos refiere unos parámetros para comprender la evolución de un movimiento social “...el crecimiento y declive organizacional, la estruc-

turación organizativa interna, la estructuración organizativa externa, y las orientaciones en los objetivos así como los repertorios de acción” (Kriesi, 1999: 224).

El primero de los parámetros alude a la cantidad de recursos y la capacidad de movilización con los cuales cuanta un determinado movimiento social, en unos primeros momentos casi todos los movimientos suelen contar con una estructura organizativa débil y con unos muy escasos recursos, no es sino luego de largos periodos de movilización, apoyo de sus militantes y constante presión que logran hacerse sentir en la sociedad.

La estructura interna del movimiento se encuentra relacionada con la cantidad de recursos con los cuales cuenta el movimiento y el nivel de organización del mismo. Dentro ella se puede observar el grado formalización, cuando se refiera a la estructura burocrática dentro del movimiento o la fijación de unos estatutos internos. La profesionalización, cuando se refiere a la existencia o no de gerentes pagados dentro del movimiento. La diferenciación, que hace mención al grado de diferenciación interna que existe dentro del movimiento, grupos o subcomisiones de trabajo, comisiones interregionales, por último el nivel de integración, es decir, el acoplamiento que existe entre las diferentes unidades o comisiones de trabajo o interregionales.

La estructuración interna toma en cuenta las relaciones que puedan existir entre el movimiento y su contexto, esto es, sus bases, sus aliados y las autoridades; finalmente dentro de los objetivos perseguidos por el movimiento y su repertorio de acción, encontramos los cambios por los cuales puede atravesar el movimiento, esto es, de institucionalización, cuando se convierte en algo parecido a un partido político o grupo de interés, para ello necesita la estabilización de sus recursos, moderar de su repertorios de acción y su inclusión dentro de las vías institucionales establecidas.

La comercialización, cuando alude a una transformación del movimiento en el cual este último se convierte en un prestador de servicios, por lo cual se le presta una mayor importancia al pago de servicios a sus miembros; la involución, cuando solo se toman en cuenta los incentivos sociales, como los servicios de solidaridad prestados a sus bases, por lo que el movimiento terminaría por convertirse en una sociedad de ayuda mutua o en un club, finalmente el movimiento puede transitar la etapa de radicalización de su accionar o de sus objetivos.

Marcos Interpretativos

En cuanto a los marcos interpretativos, éstos son construcciones mentales e ideas preconcebidas que sobre la realidad poseen los actores sociales, esto es, fobias, miedos, odios, expectativas, mitos compartidos, rituales sociales, códigos de conducta, que ayudan a los grupos en pugna a identificarse como miembros de un mismo grupo, a justificar la protesta y movilización, y a diferenciarse del grupo contra el cual se encuentra en conflicto. Al respecto Hunt, Bedford y Snow sostienen: “En el contexto de los movimientos sociales, los marcos de acción colectiva no solo destacan ciertos aspectos de la realidad, sino que también actúan como base para la atribución y articulación de significados” (Hunt, y cols., 2001:228).

Todo el aparataje o estructura ideológica con el cual cuentan los actores sociales en pugna para enfrentarse mutuamente y justificar su accionar socio-político, en algunos casos, tales marcos interpretativos sirven como diagnósticos (Hunt, y col, 2001) de la realidad. Con los marcos diagnóstico se identifican o señalan algunas situaciones consideradas aberrantes a través de ellos los actores sociales y sus simpatizantes no solo interpretan el momento que se encuentran viviendo, sino que además señalan culpables de la mencionada situación errónea que pueda estar sucediendo.

Igualmente también se construyen unos marcos pronósticos, (Hunt, y cols., 2001) cuya finalidad es la de establecer un plan de acción o propuesta para salir de la situación problema así como los encargados de dirigir tal proceso de saneamiento. Es necesaria la construcción de unos marcos de motivación (Hunt, y cols., 2001) que mantengan constantemente alertas a los simpatizantes del movimiento, es por ello en tales marcos se busca una justificación de las acciones sociales.

Aunado a lo anterior, con la configuración de estos marcos interpretativos también van dando forma a los que algunos especialistas denominan *campos de identidad*, (Hunt, y cols., 2001). Las mismas estarían relacionadas con el papel que cada grupo juega dentro de la conflictividad social. Así, por ejemplo, tendríamos a los **protagonistas**, que son una serie de atribuciones o identidades individuales y colectivas respecto a quienes son los destinados a convertirse en los líderes o vanguardias del movimiento, bien sea que tales construcciones se refieran a héroes, heroínas, defensores de la libertad

o víctimas, lo que no solo permite identificar a lo interno del movimiento social, sino que además también va creando una delimitación respecto a los grupos adversos al mismo.

Es precisamente allí donde se observa el campo de identidad de los **antagonistas**, que son una serie de atribuciones, generalmente negativas, que los miembros de un movimiento social van construyendo sobre sus adversarios, como por ejemplo, dictador, autoritario, apátrida, régimen del terror, golpistas, en este campo no es de extrañar que sean señaladas culpabilidades respecto a situaciones negativas.

Finalmente, en medio de la pelea entre protagonistas y antagonistas, también se van delineando los **campos de identidades de las audiencias**, que vendrían a ser construcciones individuales y colectivas respecto a los actores sociales que permanecen imparciales o poco inmiscuidos en la contienda política.; cabe destacar que son esos marcos pronósticos, diagnósticos de motivación, y los diversos campos de identidad, que sobre el conflicto van construyendo los actores en pugna, los elementos o variables que nos darán la materia prima esencial para el análisis en la presente investigación.

Referencias

Bibliográficas

- ARÓSTEGUI, Julio (2001). *La Investigación Histórica Teoría y Método*. Barcelona (España): Crítica.
- ARÓSTEGUI, Julio (2004). *La Historia Vivida. Sobre la Historia del Presente*. Madrid: Alianza.
- BORGES, Jorge Luis (1993). *Ficciones – El Aleph – El Informe Brodie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- DELLA PORTA, Donatella (1999). *Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 123-135). Madrid: Ediciones Istmo.
- GAMSON, William; Meyer, David, (1999). *Marcos Interpretativos de la Oportunidad Política*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Mo-*

- vimientos Sociales perspectivas comparadas* (p. 395). Madrid: Ediciones Istmo.
- HUNT, Scott; BENFORD, Robert; SNOW, David, (1994). *Marcos de Acción Colectiva y Campos de Identidad en la Construcción Social de los Movimientos*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 221-250). Madrid: Ediciones Istmo.
- KOSELLECK, Reinhart; GADAMER, Hans-Georg, (1997). *Historia y Hermenéutica*. Barcelona, (España): Ediciones Paidós Ibérica.
- KRIESI, Hans Peter, (1999). *La estructura Organizacional de los Nuevos Movimientos Sociales en su Contexto Político*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 222-261). Madrid: Ediciones Istmo.
- LORENZO CADARZO, Pedro (2001). *Fundamentos Teóricos del Conflicto Social*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- McADAM, Doug, (1999). *Orígenes Terminológicos, Problemas Actuales y futuras Líneas de Investigación*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 49-70). Madrid: Ediciones Istmo.
- SCHAFF, Adam (1974). *Historia y Verdad*. México: Grijalbo.
- SOTO GAMBOA, Ángel (2002). *Historia del Presente: Estado de la Cuestión y Conceptualización*. Historia Actual Online, Facultad de filosofía y Letras de la Universidad de Cadiz, Cádiz, España, pp. 101-116, En: <http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/34/35>. Fecha de Recuperación: 13/07/2007
- TARROW, Sydney, (1999). *Estado y Oportunidades Políticas: La Estructuración Política de los Movimientos Sociales*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 72-95). Madrid: Ediciones Istmo.
- ZSDRAVOMYSLOVA, Elena (1999). *Oportunidades y Creación de Marcos Interpretativos en la Transición a la Democracia el Caso de Rusia*; En: McADAM, Dough; y cols. (Comp.) *Movimientos Sociales perspectivas comparadas* (pp. 182-200). Madrid: Ediciones Istmo.